

Del cambio a la contención del cambio: ¿período bisagra en América Latina?¹

Alfredo Falero

La contención geopolítica de la región.

La caracterización de un período bisagra para una región no es una operación analítica fácil. Agréguese a ello que si la acumulación de evidencias resulta válida en la identificación, lo que puede suponer en términos de conclusiones sociopolíticas no necesariamente resulta de fácil digestión. Así es que entre el rechazo taxativo y la aceptación acrítica, bien pueden haber una enormidad de posicionamientos derivados de las sensibilidades políticas del momento.

Además, escribir desde este rincón de América Latina -que más que el Uruguay es el Río de la Plata- con pretensiones transcoyunturales y asumiendo la región en su conjunto tiene sus dificultades. Siempre existe la tentación de la generalización abusiva o, al revés, de considerar elementos que de alguna manera u otra también se expresan en otras sociedades como especificidades propias.

Asumiendo tales riesgos, cabe considerar como descargo la necesidad de contar con cuadros generales que se vayan nutriendo de aportes más específicos. Particularmente cuando en el marco general de pérdida de expectativas sociales, la tentación de lo coyuntural, de lo inmediato, de lo pragmático, de lo instrumental, ha deglutido el examen transcoyuntural, sereno, crítico, que las ciencias sociales y las humanidades pueden proporcionar.

Asumidos entonces los riesgos y el carácter de invitación a pensar en clave transversal de situaciones, lo que sigue se instala en la tesis de la acumulación de evidencias que señalan límites, bloqueos u obstáculos internos y externos que marcan el fin de un proceso sociohistórico.

En este sentido, el presente trabajo puede leerse como una continuación del publicado en el 2011, en el libro anterior del Núcleo Interdisciplinario. Allí se colocaba la idea de aperturas pero también de frenos en relación a luchas ocurridas en América Latina a partir de la segunda mitad de la década del noventa y en ese sentido se interrogaba sobre la capacidad de proyección que tenían hacia el futuro (Falero, 2011a).

Comparada la coyuntura en que se escribió tal trabajo con la actualidad, es posible señalar que en la región en su conjunto –y en Uruguay en particular- las expectativas sociales eran mayores en cuanto a que se estaba en un camino de transformación social. Es decir, en los últimos años han ocurrido algunos hechos y han comenzado a

¹ Este trabajo forma parte del libro “Sujetos colectivos, Estado y capitalismo en Uruguay y América Latina. Perspectivas críticas” coordinado por Acosta, Casas, Mañan, Rodríguez y Rossi, Montevideo, Núcleo Interdisciplinario Pensamiento Crítico / ediciones Trilce, 2014.

visualizarse algunas dinámicas que pueden estar apoyando la pregunta del título de esta propuesta.

Cabe entonces desde ya una aclaración: considerar un período bisagra no pone en cuestión que se mantengan algunas líneas generales o continuidades en las dinámicas de acumulación que se vienen dando en la región. Al menos una de tales líneas tiene una particular centralidad en la discusión: en el marco de la transición sistémica global actual, todavía sigue firme la posición de América Latina como periferia proveedora de materias primas a la economía-mundo.

Aquí debe esquivarse el simplismo teórico-metodológico de elevar esa condición a tal grado que oscurece una diversidad de aperturas sociales y situaciones sociopolíticas así como las tensiones geopolíticas actuales y su evolución dependiendo de cómo evolucionan estas situaciones sociopolíticas precisamente. De hecho, la región del Pacífico (Chile, Perú, Colombia, México) mantiene su alineamiento con Estados Unidos pero al mismo tiempo no puede desconectarse de región en su conjunto. Por el otro lado, no está claro el futuro de la región del Atlántico con el epicentro de Brasil. Las superestructuras políticas integradoras (Mercosur, Unasur, Celac) por su parte, muestran a su modo las complejidades de una transición sistémica con pérdida de peso de Estados Unidos y la conformación de bloques regionales (Falero, 2013).

Pero tampoco debe olvidarse que las grandes decisiones globales no se toman en la periferia, que sigue existiendo una transferencia de excedentes hacia los centros de acumulación y que el discurso del desarrollo que observa carreras lineales de países o carreras “nacionales” sigue siendo más un eficaz mecanismo de contención geopolítica de lo social que una guía o rumbo de la trayectoria hacia donde se va.

Revolución Informacional y capacidad de sofisticar la contención social.

El análisis de la transición sistémica tiene un nuevo componente que debe ser incorporado y es el de la revolución informacional. La postura que se ha defendido en otra parte (Falero, 2011b) -también con la intención de generar herramientas de análisis para Uruguay y América Latina- es el de una mutación cualitativa del capitalismo global comparable históricamente a la que precedió a la revolución industrial. En ese sentido, el concepto de “revolución informacional” permite transmitir rápidamente una comparación histórica. Esto implica asumir elementos que desarrolla la llamada tesis del capitalismo cognitivo aunque quitándole su lastre eurocéntrico².

¿Qué implica esta “revolución informacional”? Varias novedades. Un punto central es no separar las transformaciones sociales de una transformación científico – tecnológica que incluye la informática (y que cruza transversalmente a todos los sectores) pero que va más allá de esta área, ya que también implica el desarrollo interconectado de otras

² Si bien en el trabajo mencionado ya se indicaba que el rótulo aludía al título del libro del sociólogo francés Jean Lojkine que se llamaba precisamente “la révolution informationnelle” (Lojkine, 1995), se dejaba claro igualmente que considerar algunas de las ideas trabajadas allí no suponía suscribirlas en su totalidad. Por otra parte, es de hacer notar que dentro de la tesis del capitalismo cognitivo existe una amplia variedad de posiciones, polémicas y de subtemas sobre los que no corresponde detenerse aquí.

fuerzas productivas como la biotecnología y la nanotecnología. Estas implican la renovación de mecanismos de desposesión. Retomando la comparación con el período que precedió a la revolución industrial, lo nuevo no anula lo anterior, sino que se articula con formas preexistentes. La tesis es, pues, que se vive un tránsito a nuevas formas cualitativamente hegemónicas del capitalismo que todavía son emergentes y que exige ver sus concreciones específicas en América Latina.

Las nuevas contradicciones se expresan también dentro de los aparatos de Estado y los transforman considerando los parámetros del siglo XX. También se desarrolla una nueva división global del trabajo: en los centros de acumulación se investigan y generan los nuevos procesos científico – tecnológicos y se conserva el “know how” de múltiples actividades intensivas en conocimiento, mientras algunas actividades industriales se desplazan a la periferia. La tendencia a la polarización centro – periferia no desaparece sino que se exagera sobre nuevos parámetros como son derechos de propiedad intelectual, patentes, extracción de biodiversidad, etc. Esto es un desafío para los movimientos sociales pues las dinámicas de extracción de excedentes presentan viejas pero también renovadas formas que deben examinarse para actuar.

En segundo lugar es necesario reconocer una transformación de tipo organizacional del capitalismo con dinámicas de acumulación flexible, la introducción de nuevas formas de organización empresarial, con un nuevo papel que asumen las elites empresariales como agentes sociales con capacidad de incidir directamente en cursos de acción nacional y transnacional y con transformaciones en la forma Estado. La tendencia que se alimenta es de una “gestión empresarial” y una perspectiva instrumental, pragmática, supuestamente en una perspectiva despolitizada y desideologizada de la gestión. De hecho, el Estado deja de ser considerado una compleja relación social, expresión, a la vez, de relaciones sociales capitalistas, ya que el mensaje es que se trata puramente de quien y de qué modo se puede administrar o gestionar mejor lo público o lo privado y sus interrelaciones.

Finalmente, en tercer lugar, puede mencionarse una pérdida de mapas cognitivos clásicos en el sentido de mutaciones culturales o de ser y estar en el mundo. Debe ponderarse suficientemente que el plano simbólico (imágenes, palabras, símbolos) adquiere mayor importancia que antes y se vuelve un espacio clave de lucha. Esto se da, paralelamente, en un contexto de crisis de agencias de socialización alternativas que fueron propias del siglo XX como partidos políticos y sindicatos. Es decir que la capacidad de contención se ha sofisticado en este plano y ello se ha advertido en diferentes situaciones vividas en la región. Por citar solo dos: implantar la idea de inminencia de catástrofe económica en Argentina (desde hace varios años), evitar la visualización de expresiones sociales alternativas (movilizaciones urbanas en Brasil por ejemplo) como expresión de descontentos profundos.

Las premisas anteriores deben visualizarse cruzando transversalmente las diferentes situaciones que se dan en la región. Y precisamente tratando de generar agrupamientos analíticos que permitan una guía para navegar en la diversidad sociopolítica, el apartado siguiente apunta a proponer una tipología para poder luego introducir la idea de mecanismos de contención social.

Una propuesta tipológica de gobiernos.

Como resulta conocido, el mapa sociopolítico de América Latina se ha transformado sustantivamente respecto a la década del noventa. No es preciso señalar que tal transformación no hubiera sido posible sin diferentes luchas sociales que fueron emergiendo aquí y allá y cuya sistematización si bien es imposible por razones de espacio realizar ahora, al menos deben mencionarse. Pueden hacerse cinco grandes agrupamientos: vinculadas al trabajo, a la transformación de la forma Estado (la idea de Estado plurinacional, por ejemplo), al territorio y los recursos naturales, a derechos sociales en general (educación, vivienda, etc.) y vinculadas a los derechos humanos, memoria e identidad.

Sin embargo, la tesis que subyace a este trabajo es que algunos hechos ocurridos en la región permiten pensar que podemos estar visualizando el inicio del final de ese proceso sociohistórico. Sin considerar ahora otros elementos, puede fijarse con la destitución del presidente Lugo en Paraguay en el 2012 –con un debilitado entramado social en su potencialidad de respuesta- uno de esos hechos. Anteriormente, en 2010, recuérdese que el presidente Zelaya en Honduras también había sido derrocado.

Teniendo presente ese proceso sociohistórico que emerge entonces con las luchas de la década del noventa y que posteriormente ya en el siglo XXI implicó una diversidad de formatos sociopolíticos, es posible ensayar una tipología de éstos atendiendo como criterio principal la gestión en general (marcada en el apartado anterior) y la gestión del conflicto –real o potencial- en particular. Toda propuesta de tipología genera inmediatamente preguntas y consideraciones sobre alternativas posibles a la misma. Siempre puede ser objetable el criterio central establecido o la razón por la cual un caso es incluido junto o separado de otro. Lo que aquí se presenta no está expuesto en el sentido de incitar la provocación, sino en el de acordar un marco general de observación y acotar la discusión que se propone³.

Considerando entonces las gestiones de gobierno en la región que pueden encontrarse en el proceso sociopolítico de la primera década del siglo XXI hasta la actualidad y la combinación de dinámicas de consenso y coerción, pueden diferenciarse cinco formatos.

1. Gestión con autoritarismo selectivo y violencia extendida en el tejido social: México, Colombia, Centroamérica en general. Es decir, que en estos casos los componentes de coerción han sido importantes. También aquí pueden integrarse las intervenciones “quirúrgicas” como la de Honduras.
2. Gestión empresarial con gobiernos progresistas: Chile con la Concertación (y previsiblemente con la llamada Nueva Mayoría), Brasil con el PT, Uruguay con el Frente Amplio, Paraguay con la Alianza de Lugo.
3. Gestión empresarial con gobiernos de derecha política: Chile con la coalición de centro derecha de Piñera, Paraguay con Cartes (del tradicional Partido Colorado pero con importante incorporación de técnicos conservadores), Perú con Humala (o al menos

³ Debe anotarse adicionalmente que junto con el Prof. Dr. Breno Bringel del IESP – UERJ igualmente se ha procurado desarrollar las tipologías en América Latina como herramienta de análisis. Véase: Bringel y Falero, 2014.

el intento y en este caso a partir de un giro que desdibuja una anterior perspectiva de cambio).

4. Intento de gestión alternativa en relación a su pasado con tensión con movimientos sociales: Argentina, Bolivia, Ecuador.

5. Intento de gestión alternativa sin tensiones originales fuertes con movimientos sociales: Venezuela. Desde 2013 se ha entrado en un período de conflictividad y bloqueos importantes que actúan como freno a la potencialidad de otras transformaciones.

De la anterior tipología, es importante tener en cuenta que hay casos en que se manifiesta claramente la capacidad de coerción en la gestión. Esto se traduce en represión expuesta o invisibilizada y que puede ser esporádica, complementaria o sustitutiva del consenso (aunque esta última nunca puede ser por un período largo). La forma en que ésta se despliega hoy la capacidad de coerción tiene más bien un carácter acotado y de hecho en sociedades de violencia estructural (Colombia) la tendencia es intentar pasar a otro esquema político.

En el siglo XX cuando observamos dictaduras que duraron décadas –Paraguay en el caso de América Latina es el ejemplo por excelencia- debe pensarse que lograron hacer efectiva una mezcla efectiva de coerción y consenso pero donde la primera tuvo un rol clave. En cambio hoy, y tal como se señaló en la tipología, la coerción tiene más bien carácter quirúrgico, de extirpación rápida, incluso revestida jurídicamente como en el país mencionado, para volver a simular lo más rápidamente posible un orden consensuado, democrático que permita la reproducción de determinados intereses económicos.

También conviene recordar una vez más que las situaciones en América Latina son muy diversas en las expresiones recientes de conflicto social. Por ejemplo, van desde sociedades con tejido social activo, con capacidad de cuestionar líneas de gobierno (Bolivia, Ecuador), a veces con disputas fuertes entre agentes sociales con bases y perspectivas contrapuestas entre reaccionarias y transformadoras (Argentina y sobretodo Venezuela), con mezcla de rebeliones puntuales y movimientos sociales más estructurados (Brasil) o casos como el de Uruguay en el que aparece un tejido social debilitado, contenido, (aspecto que resalta también en función de su escala en comparación con sus vecinos) deglutido por el plano electoral. Pero con menor o mayor intensidad, se está observando una incapacidad de proyectar otros horizontes de posibilidades sobre lo dado.

Gestión del Estado y generación de mecanismos de contención.

Evitando las especificidades del primer y quinto caso en cuanto a tipología de gestiones del Estado, lo que sigue se desarrolla teniendo presente básicamente los casos restantes, es decir, el segundo, el tercero y el cuarto. La idea es la siguiente: si los gobiernos caracterizados como progresistas o nacional-populares emergieron a caballo de las luchas sociales, la preocupación actual de los mismos es como gestionar el conflicto a partir de un conjunto de actores con intereses diferentes y cuando las narrativas emancipatorias tienden a sustentarse en vertientes diversas y en ocasiones contrapuestas. En particular las que reposan sobre la centralidad medioambiental o

sobre cosmovisiones o identidades indígenas y que rescatan lo originario en relación a aquellas que enfatizan promover o reforzar (según los casos) un cambio en el modelo de acumulación.

Es decir, lo central ahora es visualizar la reproducción de un orden social a partir de ponderar mecanismos sociales que generen conformidad, hegemonía, consenso. Es decir, se trata de abrir la discusión sobre un conjunto de prácticas y estrategias que tienden a reproducir estabilidad sistémica a partir de la aceptación de lo dado, que procuran la contención social más que el cambio.

Por cierto, esto ha sido teorizado desde diversas perspectivas en las ciencias sociales a lo largo de su historia. Pero la idea general es contribuir a visualizar actualmente en la región formatos específicos diversos que se entrecruzan, que se superponen, que en ocasiones se contradicen, pero que en términos generales contribuyen a reproducir un orden en el contexto actual más allá que este orden se construya como progresista y en tanto tal como proclive al cambio.

Atrás de los mismos existe siempre una producción de agentes sociales que por su praxis y su poder simbólico van configurando grandes líneas de acción. Pero la idea aquí es más bien acotarse a caracterizar tres de estos mecanismos de contención o de aceptación con la expectativa de permitir visualizar algunos límites a las alternativas abiertas hace algunos años y que pueden constituir evidencias del fin de período bisagra enunciado desde el título.

Llamaremos a un primer mecanismo de aceptación. Es la adaptación por conformidad en la creencia de lo dado como lo único posible o en el orden establecido. Supone ir configurando un conjunto de disposiciones a actuar que atraviesan diferentes grupos o espacios sociales y por el cual se genera una aceptación genérica de lo establecido dentro de ciertos márgenes y más allá de grietas que aparecen aquí y allá.

Una forma que se plasma por excelencia es a través del consumo individual o familiar. Los grados en que este mecanismo disciplina son variados pero su capacidad se ha fortalecido por el momento. De quebrarse esta lógica en un futuro, el conflicto y la represión reaparecerán claramente. Está claro, sin embargo, que no todos somos consumidores compulsivos -pues la aplicación de esquemas cognitivos y normativos incorporados varía en función de diferentes trayectorias de vida- y esto puede significar pararse de diferente forma frente al consumo. Es decir, nadie puede escapar de consumir pero se puede tener una actitud más o menos crítica hacia el mismo o llegar a una suerte de alienación por la cual todo termina girando alrededor del mismo. Cuando lo último ocurre -y este es el punto a destacar- este mecanismo de dominación muestra toda su intensidad.

Si antes los relatos emancipatorios podían ofrecer mecanismos de defensa, la capacidad del consumo de alinear actitudes o de que traduzca en indicadores de auge económico o de descrédito ante la caída de ventas de determinado sector, hacen que no se esté dispuesto a minar la base que permite su realización. Los resultados de consumos desiguales se convierten en indicadores globales de funcionamiento de modelo económico o de gestión política “exitosa” (desde la derecha a la izquierda) y por tanto refuerzan una falsa idea de bienestar colectivo. Pero lo principal es que mientras exista capacidad de consumo, aún

desigualmente distribuida, en buena parte de la sociedad se tiende a que se canalicen por esa vía individualista las expectativas y a matizar otros componentes.

En cuanto al funcionamiento en el plano individual, considérese que nos paramos ante una oferta que aparece siempre ilimitada. Se puede ser consumidor de electrodomésticos que agregan un supuesto o real avance o de viajes que invitan a replicar un folleto de turismo, pero en todos los casos nunca aparece la meta. De hecho lo limitado es la experiencia gratificante que produce y que lleva a procurar tener una experiencia mayor en el futuro.

En este marco, aún sectores críticos con proclividad a disposiciones a la desconformidad con el orden establecido -en un contexto ya esbozado de reducción de expectativas- no están dispuestos a salir de este esquema aun conociendo el funcionamiento del mecanismo. Esto lleva a que en muchos casos, toda la experiencia de vida termine girando alrededor del tema consumo. La expansión del crédito al consumo contribuye además a reproducir esta lógica (aunque lo ocurrido en los países centrales debería funcionar como una alerta).

Una última consideración en tanto mecanismo de aceptación es la conexión simbólica que se genera con ascenso social. La dimensión de aumento del consumo sumada al rescate de parte de la población en situación de pobreza con políticas sociales, tiende a construir una falsa visión de transformación de la estructura de clases y de eliminación de la fractura social. Ello ocurre tanto por la acción de los propios gobiernos como por agencias globales como el Banco Mundial (BM). Un informe del BM del 2012 informaba que en América Latina la clase media había aumentado entre 2003 y 2009 hasta alcanzar un 30 % de la población. El punto es que se definía clase media como aquellas personas que tienen un ingreso diario entre 10 y 50 dólares.

Entre las numerosas críticas que se han desarrollado, conviene detenerse brevemente en el caso de Brasil y el libro de Marcio Pochmann que se abre desde su título con la pregunta ¿nueva clase media? (2012). Allí el autor discute el empleo de la categoría a partir de numerosos datos que muestran más bien el aumento de la clase trabajadora. A partir de allí abre la discusión sobre la verdadera naturaleza de los cambios económicos y sociales ocurridos y sobre los tipos de ocupaciones predominantes que se generaron. Este es un punto de partida importante para separar mito de realidad.

Un segundo mecanismo puede caracterizarse como de adaptación por indiferencia o desinterés. Esto lleva a la aceptación implícita de una democracia recortada o reducida a su dimensión procedimental –elecciones cada cierto tiempo- y por tanto a la pérdida de control sobre la gestión. Y esto a su vez tiene el efecto de oscurecimiento de responsabilidades. La falta de control permanente sobre la gestión, sobre el cumplimiento de los objetivos de un proyecto de cambio, puede no ser buscado específicamente pero ocurre y termina siendo funcional al esquema de contención.

Uno de los efectos es la minimización de responsabilidades personales en el marco de una red de dependencias laborales. De este modo se oscurece la incompetencia o incluso la corrupción, pues no existen responsabilidades claras o, al contrario, la identificación de esfuerzos tangibles frente a la lógica central que puede estar predominando que es la mera sumisión a líneas hegemónicas partidarias.

Una hipótesis posible a partir de pensar la adaptación colectiva por indiferencia es que la idea de mínimo esfuerzo, de lógica de lo imprescindible, de desestímulo colectivo, de desconfianzas sobre los sustentos reales de todo tipo de evaluaciones se expande como disposición general en toda la sociedad. Si la idea que aparece más clara es que nada de lo que se haga cambia sustancialmente mucho, si la percepción es formar parte de estructuras donde las decisiones se toman en un lugar alejado y por razones bastante oscuras que nadie puede llegar a conocer realmente, ocurre lo mismo que cuando sobreviene la idea de que no existen reglas iguales para todos: anomia, indiferencia, alienación. La tendencia que se expande es perder la idea de responsabilidad ante un colectivo sobre el trabajo que se cumple.

Las invocaciones justificatorias que reproducen la indiferencia pueden ser varias. Por ejemplo, la idea de limitaciones externas al hacer o de imposibilidad de acciones alternativas invocando la herencia encontrada o la postura de seriedad que se asimila a no apresurar ritmos o cambiar de rumbo. Otro ejemplo es la invocación de conceptos amplios y vagos que promueven la idea de sobrepasar cualquier capacidad de acción: burocracia, sistema, globalización, etc. Es decir, si bien permiten visualizar que efectivamente no se trata solo de voluntad de agentes sociales y da una idea de complejidad que tiene su base de realidad, también pueden ser usados para limitar severamente el adjudicar responsabilidades y promover acciones alternativas.

Esto contribuye a la despolitización general: por más que hubiera un recambio de personas o de fuerza política, el resultado sería más o menos el mismo. Esto vale tanto para perspectivas de centro izquierda como de centro derecha. Por ejemplo, en el segundo caso la invocación a la “delincuencia” (visualizado como un “otro” generalizado separado de los “honrados”) o los obstáculos del “corporativismo sindical” funcionan como técnicas discursivas para el mantenimiento del orden establecido.

En términos electorales, la adaptación por indiferencia supone entonces apartarse de luchas sociopolíticas que tienden a ser visualizadas cada vez más como mera contienda discursiva alejada de proyectos de sociedad. Cuando se está obligado a votar, la apuesta tiende a girar sobre la idea de mal menor. Se puede argüir que igualmente se sigue manteniendo un núcleo duro, activo en los partidos políticos. No podría ser de otro modo si se quiere seguir manteniendo un lugar en el campo político y utilizarlo como recurso de movilización. Pero el punto central es que existe desde el Estado, buscado o no, en forma consciente o inconsciente, una gestión de la indiferencia (a excepción de períodos preelectorales concretos).

Un tercer y último mecanismo que se dará cuenta en este trabajo es el de adaptación por delegación o confianza en la figura del experto. La llegada de gobiernos caracterizados como progresistas, acrecentó una perspectiva de supuesta neutralidad técnica y pospolítica de la gestión que ha impregnado toda la sociedad. Debe marcarse el desarrollo por agentes del capital de un poder simbólico en el sentido conocido de Bourdieu (2005) que promueve e impone nuevas asociaciones de ideas en relación a la gestión de lo público y las naturaliza socialmente⁴. La identificación de la gestión del

⁴ El poder simbólico está fundado en dos condiciones o principios. La primera es la posesión de un capital simbólico, es decir aquel que permite “hacer cosas con palabras”, esto es, construir la “verdad” e imponer

Estado con el gerenciamiento de la empresa privada o del “management” con frecuentes expresiones asociadas como “eficiencia” y “eficacia”⁵ constituye el centro de la cuestión.

Naturalmente, esto no quiere decir, que antes no existiera –o que no siga existiendo- un problema real de gestión que se visualizan como burocracias lentas o políticos incompetentes puestos en cargos de dirección por efecto del reparto de cargos en el armado institucional post electoral. El problema es real, pero la solución gerencial procura naturalizar y restringir las posibilidades de maniobra a determinada introducción de procedimientos sin control o participación social.

Esto se ata naturalmente con que en el nuevo esquema de construcción de lo público: los ciudadanos no solo “ceden” representación política sino capacidad de control que aparece como innecesaria, obstaculizadora, sin conocimientos suficientes frente a la creciente complejidad de la gestión y que pasa a transformarse en un problema puramente de “expertos” en un contexto de sociedades globalizadas. Estos se consolidan como una emergente “nobleza” (por utilizar la expresión de Bourdieu) de ejecutivos estatales y de gerentes, con fluido pasaje de la actividad pública a la privada y viceversa. Es una nueva categoría, una tecnocracia profundizada que se construye negándose a sí misma en lo que significa como tal, aunque de fondo la idea es de capacidad de aplicar una gestión “técnica”, independientemente que sea una empresa privado o el gobierno la base de actuación y donde solo queda confiar en esa capacidad abstracta.

El cuadro de expertos, portadores de saberes especializados, se presentan rindiendo culto al eficaz procesamiento de la “información y no se reducen a gestionar la economía. Aparecen, por ejemplo, como figuras claves para solucionar problemas como la pobreza o la educación. En verdad, se expande y legitima la apropiación estatal por figuras que entran y salen de partidos políticos (desde la derecha a la centro-izquierda), que entran y salen de empresas y de gobiernos, pero que aseguran, por encima de tal flexibilidad, la continuidad y la estabilización de un formato donde tienden a ser reproducidos los intereses ligados a la articulación en la economía-mundo capitalista y la misma distribución de poder en la sociedad.

Lo sustantivo a los efectos de este trabajo es que se forja un nuevo sentido común, una nueva "cultura gerencial" que permite operar transformaciones sociales generando delegación mediante la producción de confianza en el camino de la "eficacia" de un tipo de gestión, de proceder en general con el método óptimo para ir de un punto a otro, omitiendo del cuadro el campo de fuerzas en que se actúa para promover intereses específicos. Se

una visión del mundo social, establecer los criterios de diferenciación social y clasificar y construir los grupos sociales. La segunda es tener eficacia simbólica, que depende del grado de vinculación entre la propuesta y la realidad, es decir, depende del grado en que la visión propuesta se funda en elementos de la realidad objetiva y, en ocasiones, de la autoridad social adquirida en las luchas anteriores (Bourdieu, 2005). En otra parte, se han explicitado las razones de la preferencia del uso de este concepto sobre el de ideología, entre ellos el carácter extremadamente polisémico que rodea al último (Falero, 2008).

⁵ Recuérdese el ambicioso trabajo de Boltanski y Chiapello que tiene el provocativo título de “El nuevo espíritu del capitalismo” (2002), en que examina la explosión de la bibliografía de gestión empresarial en la década del noventa. También véase el capítulo 4 en Falero, 2011.

Recibido: 23 de noviembre de 2014
Aprovado: 20 de janeiro de 2015

omite igualmente que el resultado no necesariamente es mejor para toda la sociedad, como se postula. Es simplemente, la capacidad para imponerse en un espacio social.

Es decir que la contención del cambio puede visualizarse también en el actual “mito de la gerencia”, entendido como la idea de que la resolución de cualquier problema social depende de mejores o peores decisiones y procedimientos orientados por un gerente y/o un “técnico” hábil.

Reflexiones finales: desafíos de movimientos y organizaciones sociales.

Revisando el camino propuesto en este trabajo, debe recordarse que se partió de la invitación a pensar si América Latina está en uno de esos períodos bisagras de cierre de un proceso sociohistórico. Para ello se asumió, no sin riesgos metodológicos altos, un enfoque generalizador, abarcativo, transversal. Se consideraron límites globales y regionales geopolíticos y geoeconómicos, mutaciones en el capitalismo en el marco de una emergente revolución informacional y algunas de sus consecuencias y se propuso una tipología de gestiones de gobiernos a partir de los anteriores elementos.

De allí se intentó abrir planos de análisis al considerar límites directos e indirectos al cambio a partir de visualizar tres mecanismos de adaptación o contención (entre otros posibles): la contención por aceptación, por indiferencia y por delegación. Los tres configuran bloqueos a la expansión de la democracia más allá del sentido procedimental de la misma y de hecho tiende a horadarla cada vez de mantenerse las actuales condiciones..

Resta en consecuencia invitar a algunas reflexiones sobre la potencialidad de organizaciones y movimientos sociales para revitalizar la democracia y el cambio social más allá de contradicciones entre demandas que puedan surgir entre tales agentes sociales (el campo popular también tiene sus contradicciones como todo espacio social). Naturalmente no se trata de fórmulas o consejos sino de grandes líneas generales de acción que requieren análisis y reflexión.

Un primer elemento es la búsqueda de caminos para promover dinámicas transnacionales regionales entre movimientos sociales que puedan subsistir y mantenerse paralelamente a sus agendas nacionales. Aquí se visualizan avances, por ejemplo en el mayor intercambio en diversas agendas, en promover dinámicas de formación a partir de las experiencias del MST en Brasil, pero también estancamientos, rutinizaciones, formas burocráticas que limitan un aspecto central que es la conexión entre sociedades en la región más allá de predisposiciones de gobiernos.

Un segundo elemento es que si se percibe con más claridad la importancia actual para el capitalismo de las dimensiones informacionales, cognitivas y comunicacionales, los movimientos tienen el desafío de desarrollar esas dimensiones a través de centros de investigación, educación y difusión propios. Esto es particularmente importante en casos en que la mercantilización de las universidades se vuelve evidente.

Un tercer elemento es desestructurar los mecanismos que llevan a la conformidad, la indiferencia, la delegación permitiendo visualizar límites inexorables e identificando

agentes e intereses que llevan a los mismos. La resolución colectiva de necesidades pasa por mostrar límites del consumo individual, por experimentar lógicas de gestión alternativas, por promover el mayor control de quienes gestionan, en suma por mostrar otros horizontes de posibilidades, en lo posible sobre la base de experiencias alternativas.

Un cuarto elemento relacionado con el anterior es oponer a la visión de incontaminados expertos y de un saber “técnico” supuestamente separado de intereses económicos y políticos, la visión de proyectos sociopolíticos en tensión de los que pueden derivar experiencias y trayectorias sociales bien diferentes. Frente a la despolitización solo cabe la repolitización que muestre intereses beneficiados y perjudicados. Frente al oscurecimiento de responsabilidades individuales o colectivas, solo cabe la implacable visualización de las mismas.

Un último elemento tiene relación con la mirada expuesta. Es decir, debe considerarse tan necesario como el estudio de casos específicos, generar una renovada capacidad de aprehensión más general y enfatizar las posibilidades de conceptualización a partir de un razonamiento interdisciplinario que privilegie las aperturas y mediaciones de análisis. Solo este tipo de insumos puede contribuir a iluminar preguntas como la planteada desde el título.

Referencias bibliográficas

BOLTANSKI, Luc y CHIAPELLO, Eve (2002): *El nuevo espíritu del capitalismo*, Madrid, Akal ediciones (1ª edición en francés 1999).

BOURDIEU, Pierre (2005): *O poder simbólico*, Rio de Janeiro, Editora Bertrand Brasil Ltda, (1ª edición 1989).

BRINGEL, Breno y FALERO, Alfredo (2014): Movimientos sociales y gobiernos en América Latina: nuevos escenarios, tipología de relaciones y formas “Estado/movimiento”, trabajo presentado en el 38º Encuentro Anual de ANPOCS, 27 a 31 de octubre de 2014, Caxambu, Brasil.

FALERO, Alfredo (2013) Procesos de integración regional en América Latina y pensamiento crítico: desencuentros persistentes y una perspectiva de análisis, en libro *Por uma integração ampliada da América do Sul no século XXI*, Ingrid Sarti, Daniela Perrotta, Mônica Leite Lessa, Glauber Cardoso Carvalho (orgs.), Rio de Janeiro, Perse, 2013 (e-book volumen 2).

FALERO, Alfredo (2011a): Pensando América Latina desde sus luchas sociales recientes. Aperturas, frenos e interrogantes, contenido en Acosta, Y. y otros *Pensamiento crítico y sujetos colectivos en América Latina. Perspectivas interdisciplinarias*, Montevideo, Núcleo Interdisciplinario Pensamiento Crítico – Espacio Interdisciplinario / Editorial Trilce.

Recibido: 23 de noviembre de 2014
Aprovado: 20 de janeiro de 2015

FALERO, Alfredo (2011b): *Los enclaves informacionales de la periferia capitalista: el caso de Zonamérica en Uruguay. Un enfoque desde la Sociología*, Montevideo, Universidad de la República – CSIC.

FALERO, Alfredo (2008): *Las batallas por la subjetividad. Luchas sociales y construcción de derechos en Uruguay*, Montevideo, UDELAR-CSIC-FCS / Fanelcor.

LOJKINE, Jean (1995): *A revolução informacional*, San Pablo, Cortez editora.

PORCHMANN, Marcio (2012): *Nova classe média?. O trabalho na base da pirâmide social brasileira*, São Paulo, Boitempo Editorial.